

Freud, Wilson, la cuestión del líder y el ideal del superyó

Fanny Elman Schutt

Resumen

Se comienza por una síntesis de mi libro

La fascinación del líder. En torno a un libro olvidado de Freud sobre el Presidente Wilson (2005).

Se hace especial hincapié en el concepto de ideal del superyó, diferenciándolo de los conceptos de superyó, ideal del yo y yo ideal.

Se establece un nexo en la clínica actual en especial con los llamados trastornos narcisistas de la personalidad, planteando algunas consideraciones a tener en cuenta en el tratamiento de estos pacientes. Se concluye aludiendo a la idealización narcisista imperante en el campo psicoanalítico que no es ajena a su impacto en la cultura actual y en la dimensión ética de la condición humana.

Sigmund Freud y el 28º presidente de EE. UU. fueron contemporáneos e inclusive nacieron el mismo año (1856), pero jamás se encontraron personalmente. En cambio, un diplomático norteamericano experto en asuntos europeos y periodista destacado, llamado W. C. Bullitt, había conocido a ambos formando parte de la comitiva de Wilson que le acompañó a Versalles en 1919 para discutir los términos del Tratado de Paz al finalizar la Primera Guerra Mundial. A Freud le había visitado en uno de sus periplos europeos después de renunciar públicamente a seguir trabajando junto a Wilson.

Tendría que pasar una década para que en 1930 en Berlín, Bullitt le propusiera a Freud colaborar en un estudio psicológico sobre el presidente ofreciéndole un amplio y valioso material de su vida y obra.

La aceptación de Freud implicaba una tarea sin precedentes en su trayectoria, exceptuando su colaboración en 1895 con su colega y amigo J. Breuer en *Los estudios sobre la Histeria*.

Pero en el caso de Bullitt se trataba de una persona que no pertenecía ni al ámbito médico ni al psicoanalítico. Esta colaboración dio lugar a un

manuscrito que sufrió avatares verdaderamente rocambolescos hasta la publicación del libro correspondiente recién a fines de 1966 en Boston bajo el título de *El Presidente Thomas Woodrow Wilson. Un estudio psicológico*, traducido al español en 1973.

La publicación, excesivamente diferida por motivos político-personales de Bullitt, resultó también muy poco oportuna. No había transcurrido aún suficiente tiempo para elaborar el asesinato de otro presidente demócrata: John F. Kennedy. Influiría también la escasa confianza que Bullitt inspiraba a los herederos de Freud para provocar fuertes reticencias hacia el libro en la institución psicoanalítica oficial y en otros sectores. Hasta el New York Times tituló su comentario diciendo: «[...] Esta vez, Dr. Freud, ha ido usted demasiado lejos».

Los enigmas que rodearon la escritura y publicación de dicho estudio firmado por Freud, pero no incorporado a sus obras completas, muy poco conocido y aún menos leído, despertó en mí un gran interés y me indujo a iniciar un trabajo de investigación sobre el mismo. En primer lugar contextualizándolo en las circunstancias históricas que vinculan momentos cruciales del siglo XX con el desarrollo del pensamiento freudiano, con sus inquietudes personales y con la situación institucional del psicoanálisis.

Atrajeron mi atención tres fechas clave: a) 1930-1932, período en que se produjo la escritura del manuscrito; b) 1933, año en que Freud pierde el contacto con Bullitt y con su manuscrito, pues el diplomático se ha incorporado a la campaña presidencial de Franklin D. Roosevelt y luego a su gobierno, mientras muy cerca de Freud se produce el ascenso vertiginoso de Hitler al poder y se queman en Berlín sus libros y c) 1938, Freud se reencuentra con Bullitt en París en momentos muy dramáticos de su vida cuando se traslada desde Viena hasta Londres, destino final de su exilio; Bullitt ejercía entonces las funciones de embajador norteamericano en Francia y había actuado mediando ante las autoridades alemanas, para que,

de acuerdo con la enérgica exigencia del presidente Roosevelt, se respetase la integridad física de Freud y se permitiera su salida hacia el exilio. Poco después, ya instalado en Londres, recibiría dos visitas de Bullitt y en el año de su muerte (1939) otorgaría la autorización final que posteriormente posibilitó la publicación del libro sobre Wilson.

Precisamente la lectura minuciosa de este libro me planteó la necesidad de rescatar las frases escritas por Freud de su puño y letra diluidas en un texto muy irregular, desconcertante, ante la más que posible manipulación del texto por parte de Bullitt, quien había alegado haber perdido el manuscrito original con las anotaciones pertenecientes a Freud, nada menos que el día que los alemanes entraron en París, por lo cual utilizó para la edición una traducción y transcripción previas, realizadas por personal a su cargo.

Efectuar esa tarea de rescate requería diferenciar el estilo peculiar de Freud del de Bullitt y reconocer la raigambre conceptual de su pensamiento, teniendo en cuenta sobre todo las ideas expuestas en sus trabajos de la década anterior (1920 a 1930).

En las frases rescatadas resalta su interés en la cuestión del líder, en particular en aquél de características totalitarias, enfocándolo desde la perspectiva de la idealización narcisista, que eleva al rango de dioses a seres muchas veces delirantes y siempre nefastos en su acción política, a pesar de lo cual han conseguido arrastrar tras ellos a multitudes.

La gran tragedia del siglo xx se anticipa en la visión de Freud continuando los conceptos anteriormente expresados en su *Psicología de las masas y análisis del Yo* (1921).

Consideré además que detrás de la figura de Wilson se alzaba la sombra alargada de un líder totalitario, Hitler, cuyo entorno ya parecía anticipar los efectos de una enorme potencialidad destructiva.

Demostraba así Freud una gran sensibilidad política y mucha valentía, porque aunque desplazando el foco hacia un personaje distante y ya desaparecido, Wilson, se animaba a escribir afirmaciones tales como «[...] locos, visionarios, víctimas de alucinaciones [...] han desempeñado grandes papeles en todas las épocas de la historia de la humanidad [...] habitualmente han naufragado haciendo estragos [...] pero han ejercido una influencia de gran alcance [...]».

El producto de toda la investigación emprendida, resumida para lograr una obra legible, dio lugar a un libro de mi autoría publicado a fines de 2005 por Biblioteca Nueva de Madrid, editora de la primera traducción de las obras completas de Freud al español.

El editor me sugirió el título: *La fascinación del líder*, quedando como subtítulo: *En torno a un texto olvidado de Freud sobre el Presidente Wilson*.

Dicho título refleja el papel importantísimo de la idealización narcisista y su efecto más extremo, la fascinación que se ejerce no sólo a nivel de las relaciones interpersonales, sino también a nivel político en la relación del líder con sus seguidores.

Al mismo tiempo, en el texto destaco la aparición por única vez en la obra de Freud, de un concepto que completa la segunda tópica formulada en *El Yo y el Ello* (1923). Se trata del ideal del superyó que, como tal, con esa denominación, descubrí que sólo se encuentra en ese estudio tan marginado.

Para aclarar la especificidad de este concepto es necesario diferenciarlo de otros con los cuales se podría confundir, como son el superyó, el ideal del yo o el yo ideal.

Muy sintéticamente se pueden resumir las funciones del superyó en las siguientes: prohibir, exhortar, proteger, en definitiva marcar límites, mientras el ideal del yo orienta de acuerdo a unos valores éticos y estéticos incorporados.

El yo ideal, por su parte, es un estadio en la constitución del yo, esencialmente narcisista, cuyo destino es ser relevado y modificado para convertirse en ideal del yo. Este último, en conjunción con el superyó, al superarse la etapa narcisista coincidente con el desarrollo y culminación del complejo de Edipo, propende a la renuncia de todo ideal absoluto que resulta peligroso para la integridad psíquica tendiendo a convertirse en una megalomanía.

Los líderes demagógicos suelen encarnar dichos ideales y, al prometer materializarlos, fascinan a sus seguidores, quienes vuelven a creer así en la existencia de padres todopoderosos.

Cuando restos no sublimados de ideales narcisistas subsisten o se reactivan en el superyó, sus funciones y las del ideal del yo quedan subsumidas en ese ideal del superyó que exige imperativamente el goce sin límites para alcanzar el ideal absoluto e impulsar al sacrificio en aras de ese fin.

Se convierte así en un instigador inconsciente que fascina al yo pudiendo hundirlo en la melancolía o incluso en la autodestrucción.

Mientras se produce ese retorno a la omnipotencia perdida del yo infantil narcisista se vive en un espejismo y para alimentarlo se recurre a la escisión del yo y a la consiguiente renegación de la realidad. Freud se anticipa de esta manera a la idea lacaniana del superyó obscuro, cruel y feroz.

Las diversas circunstancias en la vida de una persona juegan asimismo su papel. Así, por ejemplo, Wilson, que llegó a ser un gran estadista, creyó poder convertirse en el salvador de la humanidad, evitando para siempre la posibilidad de nuevas guerras. Pero en Versalles al discutirse las condiciones del Tratado de Paz no pudo reconocer que sus aliados en absoluto compartían sus ideales y finalmente lo que firmó allí produjo todo lo contrario de lo que él pretendía, al crear las condiciones para una nueva guerra mundial mucho más terrible.

Se defendió todo lo que pudo para no enterarse de su fracaso hasta que sucumbió aquejado de grandes perturbaciones físicas y psíquicas. Fue un gobernante democrático y *bien intencionado*, pero que resultó ser muy vulnerable ante una situación imprevisible para él, como la de verse obligado a decidir intervenir en una guerra mundial, habiéndose distinguido anteriormente como un político neutralista. Se diferenciaba claramente de Hitler, megalómano y sin escrúpulos, que creyó sin duda hasta el final que sería el vencedor absoluto y dominaría el mundo.

Freud se resiste a formular un diagnóstico psicopatológico de Wilson, pero a ese respecto desliza en el texto aquel concepto inédito: el del ideal del superyó, cuya especificidad consiste en dar cuenta de un funcionamiento del ideal unido al superyó en la pasión que la pulsión de muerte imprime a ambos. Con lo cual el ideal pierde así su función sostenedora y orientadora del yo.

En el caso Wilson esto contribuirá a no permitirle seguir los pasos adecuados en la negociación para lograr la mejor paz dentro de lo posible. En cambio se le impondrá el goce de encarnar a un ser mesiánico, capaz de conseguir una paz eterna, cumpliendo así con un ideal absoluto muy alejado de la realidad.

El superyó exige imperativa e implacablemente que el ideal se cumpla de inmediato a cualquier precio, sin medir las consecuencias. Si el predominio del yo ideal insta la megalomanía omnipotente, la otra cara del desvalimiento, la posición ideal del superyó le da nombre a una modalidad de funcionamiento del superyó atado a un ideal insensato para cuyo cumplimiento somete al yo y empuja al sujeto al sacrificio.

Hay que tener en cuenta que una vez introducido el concepto de narcisismo en la obra de Freud en 1914, la idealización y las instancias ideales van ocupando cada vez más su lugar. Cada vez más consideró la idealización desmesurada como un factor determinante para definir la gravedad de un trastorno psíquico.

Con el ideal del superyó no se cierra el campo de la idealidad al interjuego del yo ideal-ideal del yo, y se demuestra así que Freud no agotó sus esquemas de funcionamiento psíquico con la primera y segunda tónica, pues siguió creando conceptos, aún en aquellos trabajos considerados por algunos como de menor calado e inclusive en un texto tan poco leído como su estudio sobre Wilson.

Podríamos decir, sin embargo, que no es tan extraño que el concepto de ideal del superyó quedara confinado en un texto tan político en esos oscuros años dominados por la lucha entre ideologías que representaban precisamente idealizaciones tan absolutas como mortíferas.

En la clínica actual nos encontramos muy frecuentemente con pacientes cuyos trastornos desafían nuestros conocimientos y nuestra práctica habitual, no son neuróticos ni tampoco psicóticos. Se nos presentan, por ejemplo, con su adicción a las drogas, a la actividad y a la velocidad frenéticas, con una escasa capacidad de acceso a su subjetividad, muy frágiles y extraordinariamente vulnerables a las frustraciones. Viven en el riesgo permanente, pero a su vez por su poca conciencia de enfermedad no se adecuan a la continuidad de un trabajo terapéutico.

Dadas las dificultades específicas para su diagnóstico quedan generalmente englobados en ese inmenso cajón de sastre constituido por las patologías fronterizas, los diversos trastornos de la personalidad o cuadros psicóticos no bien definidos. Demostrando así que la patología psíquica es multifacética y que no puede encerrarse en estructuras o compartimentos estancos.

La perspectiva psicoanalítica puede permitirnos en este tipo de pacientes traspasar el aparente vacío de sentido que nos transmiten y conectar con su ideal desmesurado que los empuja con la fuerza de un superyó implacable a vivir sin límites.

El ideal del superyó no es pues sólo un hallazgo de interés histórico aplicable a las vicisitudes psicopatológicas de un político como lo fue el presidente Wilson, sino un concepto útil para pensar los desafíos de la clínica actual.

Considero que en todo proceso terapéutico de orientación psicoanalítica es fundamental el trabajo de desidealización. Cuando entra en juego el ideal del superyó es aún más importante el ajuste de los ideales que se imponen inconscientemente al sujeto así como la adecuación del encuadre a las posibilidades de cada uno de estos pacientes. Es preciso intentar no agregar exigencias ni demasiadas expectativas respecto de la cura y tener muy presente que el desarrollo de la transferencia no se intensifique más allá de los límites mínimos

necesarios para sostener una cierta continuidad del tratamiento.

Volvamos a Freud, unos años después de su estudio sobre Wilson, publicó su *Análisis terminable e interminable* (1937), escrito que dejó como testamento a las futuras generaciones de psicoanalistas, en el cual advierte de los riesgos de una idealización del psicoanálisis, que podría convertir su teoría en una *Weltanschauung* y a su práctica en una panacea para todo y todos.

Una vez desaparecido el maestro, surgieron diferentes escuelas y corrientes psicoanalíticas, cuyos líderes, buscando ocupar su sitio fueron sobreidealizados por sus respectivos seguidores que establecieron una fuerte lucha competitiva extendida hasta nuestros días.

La mayoría se consideraron en diferentes grados los verdaderos herederos y continuadores del pensamiento freudiano. Sin embargo, así como hubo quienes renunciaron a la dualidad pulsional Eros-Tánatos, otros dejaron de lado gran parte de su legado, en especial sus últimos trabajos; aquellos que más reflejan el interés de Freud por enlazar el psicoanálisis con lo social, lo religioso y lo político, quedando esos escritos fuera de los programas de formación de los psicoanalistas.

Mi empeño en rescatar su estudio sobre Wilson está vinculado al intento de poner de relieve ese ligamen entre el psicoanálisis y los acontecimientos que conmocionaron el siglo XX.

¿Qué se ha hecho en la actualidad de ese psicoanalista comprometido en su obra con su tiempo sin renunciar un ápice a sus principios teóricos?

Por supuesto que han existido psicoanalistas militantes de diversas causas e ideologías, buscando a veces forzar el encaje del psicoanálisis con sus creencias. Pero tal vez lo más frecuente en la actualidad es disociar la perspectiva psicoanalítica de la ideológica en aras de la *corrección política*.

Se ha producido así la consiguiente inhibición en posicionarse ante cuestiones que no sólo nos incumben, sino que resultan inasequibles sin tener en cuenta su dimensión inconsciente.

Si fantaseáramos con un Freud redivivo, siguiendo a Roudinesco, lo podríamos imaginar espantado, ante el culto a su persona y al de aquellos que fueron surgiendo liderando diversas escuelas psicoanalíticas, como también ante al formalismo insensato ligado a cada palabra de sus respectivas obras. Perplejo tal vez, ante la existencia de tantos psicoanalistas que hablando en su nombre y rindiéndole homenajes, ostentan orgullosos los

emblemas de sus diversas filiaciones, indispensables para considerarse los *verdaderos herederos*.

La autora anteriormente citada cierra el tercer volumen de su *Batalla de los cien años*, poniendo en boca de ese Freud las siguientes palabras «[...] Gracias a todos. Hay que empezar de nuevo.»

Lúcida respuesta a la idealización narcisista imperante en el campo psicoanalítico que nos propone pensar en desandar parte del camino recorrido hasta ahora. Pero, ¿qué parte?

Quizá aquella en la cual la fascinación por lo pensado y escrito por otros exime de poder revisar las teorías a la luz de la experiencia acumulada, venciendo y evitando, de esta manera, el temor de caer en la herejía.

Si predomina ese temor se corre el riesgo de funcionar en base a creencias fetichizadas que atrapan y cierran el acceso a una verdadera elaboración personal.


Sintetizando, el estudio sobre Wilson, a pesar del desconcierto que produce, representa un eslabón marginado de la obra freudiana, cuya recuperación revela aspectos poco conocidos de la vida de Freud y de sus inquietudes teórico-políticas. Esto trasciende lo personal, para enraizarse a través de su concepción de lo idealizante unido al superyó y a la pulsión de muerte en el núcleo duro del pensamiento psicoanalítico. Núcleo del cual no puede desvincularse la práctica clínica, ni los malestares que albergan en su seno las propias instituciones, como asimismo la perspectiva psicoanalítica respecto a la cultura, y a las derivas que nos afectan y nos interrogan sobre la condición humana y su dimensión ética.

Fanny Elman Schutt

Paseo de la Bonanova 56
08017 Barcelona
Tel. 93 212 64 83 / 91 383 87 81.
Fanelmanschutt@yahoo.es

Bibliografía

- ASSOUN, P. L. (2001). *El perjuicio y el ideal*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- BROWNELL, W. & BILLINGS, R. (1987). *So Close to Greatness*. Nueva York: Macmillan.
- CHASSEGUET-SMIRGUEL, J. (1975). *El ideal del yo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- FREUD, S. (1973). *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- FREUD, S. (1986). *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu.

- 
- FREUD, S. y BULLITT, W. (1973). *El presidente Thomas Woodrow Wilson. Un estudio psicológico*. Buenos Aires: Letra Viva.
- GAY, P. (1989). *Freud: Una vida de nuestro tiempo*. Barcelona: Paidós.
- GREEN, A. (1990). *La nueva clínica y la teoría de Freud*. Buenos Aires: Amorrortu.
- ROUDINESCO, E. (1988). *La batalla de los cien años*. Madrid: Editorial Fundamentos.
- SCHUTT, F. E. y RENAUD, M. D. (1995). «Poder político y narcisismo». *Rev. Claves de la razón práctica*, núm. 55. Madrid.
- SCHUTT, F. E. (1996). «Fenómenos de masa y psicoanálisis». *Rev. Tres al Cuarto*, núm. 12. Barcelona.
- SCHUTT, F. E. (2005). *La fascinación del líder. En torno a un libro olvidado de Freud sobre el Presidente Wilson*. Madrid: Biblioteca Nueva.

